

LA LECTURA LITERARIA ANTE EL DESAFÍO DIGITAL

Germán Gullón

Universidad de Ámsterdam

ABSTRACT

Literary theory must once again open its wings. Digital reading is asking for a place in our cultural podium. It demands its own status, a different one than that of the traditional reading on printed paper. We have to expand the concept of Humanities to the one of Digital Humanities, but sadly enough the majority of the research projects submitted for funding are loaded with requests for hardware and software, and very little is related to improve the interpretation of works of art, the principal task of the humanities. I propose a few ways for developing a new type of reading for the digital age, based on reading as experience, a way of reading that makes us confabulators. The meaning of the words is complemented by the multisensory elements mentioned in the texts, like images, colors and sounds, through the links of the hypertext. Also, we offer a few ways to improve our remembrance of literary digital texts.

Key words: Digital humanities. The hour of the reader. The reader as confabulator. Reading as experience. Multisensorial.

RESUMEN

La teoría literaria se ve obligada a desplegar sus alas de nuevo. La lectura digital pide un lugar en el podio cultural, un estatus propio, distinto al de la obra impresa en papel. Tenemos que expandir el concepto de Humanidades al de Humanidades digitales, pero por desgracia la

mayoría de las propuestas de investigación que se hacen tienen más que ver con los programas y ordenadores que con las humanidades y poco con la interpretación de lo creado e ideado por el hombre. Propongo en este trabajo que entendamos al lector como confabulador, uno que sabe mezclar, complementar, las diferentes extensiones, visuales, sonoras, que el texto sugiere, y así podemos llegar a comprender la complejidad y riqueza que permite la lectura digital. Abordo varios modos en que el lector es confabulador, el que mezcla imágenes, colores, y sonidos, mediante los vínculos del hipertexto. Además, revisamos tres maneras en que la experiencia lectora digital se guarda mejor en la memoria.

Palabras clave: Humanidades digitales. La hora del lector digital. El lector confabulador. La lectura como experiencia. Multisensorial.

Fecha de recepción: 22 de octubre de 2016.

Fecha de aceptación: 30 de noviembre de 2016.

Estamos llegando al final de la línea del cambio causado por la revolución industrial y la Ilustración, cuando los seres humanos, concretamente el individuo, se situaron en el centro del universo, cuando se implantó el principio de la subjetividad (Habermas, 1989). El ideario a que dieron lugar predominó a lo largo del XIX (épocas romántica y burguesa), extendiéndose con sustanciales modificaciones (las grandes guerras, conflictos étnicos por doquier) hasta casi fines del XX. Hoy, miles de millones de personas, en todos los rincones del mundo, se sienten desplazados, engañados, pues ya no ocupan el centro del interés socio-cultural. Y, naturalmente, los políticos inventan modos de asignar culpas a la evidente deshumanización del entorno social. Suelen echársela a la globalización y a la era digital, son como calzas para equilibrar precariamente los muebles rotos. Sirven por un momento para explicar lo que desazona al votante, y enseguida los hechos huyen hacia adelante. Tenemos que recurrir a un vocablo distinto, populismo o trumpismo por ejemplo, para explicar cómo la globalización ha afectado a un numeroso grupo de ciudadanos que piden retornar al ayer, y así. En realidad, ni el mundo se ha hecho más pequeño por la globalización, llevamos ya un siglo acortando las distancias, ni por la comunicación que permite la Red, sino por un fenómeno político llamado neoliberalismo que permitió a las fuerzas del mercado dominar las diversas áreas del trabajo humano, privatizando a diestro y siniestro el capital social e individual. La alienación del ser humano del existencialismo (años cuarenta) se ha convertido en pura y simple alienación social. Quienes vivimos el 68 sabemos de la fugacidad de los cambios, pero también de cómo trasforman el mundo, de un día para el siguiente. Afortunadamente, el optimismo (Voltaire, 1971) es una de las armas que conservamos del arsenal ilustrado, y nos permite afirmar que la educación primaria y la secundaria ofrecen recursos suficientes para aprender a manejar en el entorno actual, de nuestro país, de sus culturas y lenguas. La educación superior proveerá los instrumentos intelectuales que permiten pensar los modos de abordar ese presente con éxito, cuando debemos buscar respuestas al dilema humano presente. Los administradores y pedagogos llevan cincuenta años ordenando el tráfico educativo, y sin más cortan avenidas imprescindibles, como el ejemplo dado por los administradores en la Universidad Complutense de Madrid pidiendo la supresión del departamento de Filosofía (primavera, 2016), porque las normas neoliberales indicaban su escaso rendimiento económico, despreciando su valor social y humano. Se quitaban de en medio la reflexión filosófica, un obstáculo para entronizar las leyes del mercado. La defensa de los principios del liberalismo constituye, sin duda, la mejor trinchera contra las obscenas invasiones del neoliberalismo.

Cuando era estudiante de Filosofía y Letras en la Universidad de Salamanca (mediados años sesenta), los mejores profesores de la facultad, como Fernando Lázaro Carreter, Marcelino Legido o Miguel Artola, enseñaban a pensar por uno mismo, no a memorizar las asignaturas. Dirigían el encuentro con los textos en busca de experiencias de lectura y no a la caza de información para procesarla en la memoria. No éramos entes pasivos en la clase, en los estudios. Jamás leíamos un texto para memorizar los *dicta* de los estudiosos renombrados ni fuimos obligados a tomar las palabras de los autores o de los textos como sagrados. Por el contrario, te enseñaban a pensar por ti mismo y a valorar las experiencias derivadas de la actividad lectora. Ir a clase era un placer, un descubrimiento; leer, lo mismo. Esta manera de enseñar, que los mejores profesores de varias universidades españolas duplicaban, marcó la vida de miles de estudiantes, y explica por qué en una universidad como la española exista una importante corriente, el 20 por ciento de profesionales que pueden medirse con los mejores de cualquier país europeo. Hoy la revolución digital exige un cambio radical de actitud, pues debemos hacer las cosas de una manera distinta. La experiencia personal hoy resulta insuficiente, la fuente de la creatividad necesita de la cooperación de otros, de que juntemos los conocimientos. Cuanto digo a continuación es sólo una mínima introducción para nombrar posibles vías para llevar a cabo ese cambio.

Y como siempre, el mayor enemigo para emprender esa transformación somos nosotros mismos. Recuerdo aun cuando un querido colega, Russell P. Sebold, a finales de los años setenta del pasado siglo en la Universidad de Pensilvania, se desesperaba por su incapacidad ante el ordenador. Un día le invité a mi despacho, y en menos de una hora salió casi convencido de que ya entendía su funcionamiento. Unos pocos meses después se manejaba sin ayuda de nadie. Para incitarle a usar el ordenador yo había utilizado diversos trucos, uno fue reírme de él. Eres, le decía yo, como los burgueses que tenían miedo a utilizar el teléfono por miedo a electrocutarse. Sin embargo, su decisión de superar los miedos al ordenador ganó la partida, no yo. Entonces como hoy he escuchado a colegas decir que se sienten inseguros en el mundo digital. Sólo les advierto que no teman al ordenador, ni a la Red. Creo que las personas capaces de utilizar un ordenador, con un poco de empeño pueden desarrollar la suficiente inteligencia para manejarse *online*. Saber hacer funcionar el ordenador, los programas básicos y los buscadores. No hace falta aprender a programar. Necesitamos asimismo ser creativos, encontrar respuestas diferentes a las que venidos dando, en este caso a la lectura. El descansar sobre los laureles de lo sabido no figura entre las opciones. Y, como recién dije, la creatividad se consigue juntando los conocimientos propios con los de otros.

A. LA DOBLE VIDA DE LA LITERATURA, EN PAPEL Y DIGITAL

1. LA LITERATURA SE RESISTE A ENTRAR EN LA ERA DIGITAL

La filología perdió tiempo ha una parte de la audiencia, incluso a numerosos estudiantes, sus fieles seguidores. Sobrevive a duras penas en facultades universitarias de Letras cada vez más despobladas de alumnos españoles (chinos y extranjeros en general han venido, por fortuna económica, a llenar los huecos dejados por los nativos), y hace apariciones rituales en las vetustas instituciones estatales (Academias, Bibliotecas, Museos), donde un puñado de cruzados defiende los griaes culturales. Gracias, por supuesto, a los dineros públicos y a las aportaciones de los bancos, una servidumbre neoliberal. La mayoría de los filólogos hace tiempo redujeron su misión a limpiar los textos de impurezas en la transmisión en vez de a su interpretación y puesta al día. Insistieron asimismo en dogmatizar en clase y en las universidades de verano sobre las normas, las reglas, la palabra, los diccionarios, dicho con otras palabras, a machacar la letra muerta en el mortero filológico sostenido por unas patas historicistas. Un caso ejemplar lo encontramos, por ejemplo, en la *Poética* de Aristóteles. Se cita con frecuencia para que su autoridad intelectual corrobore las ideas expuestas en un trabajo. Si bien resulta que este libro no es un manual de normas, como los libros de texto sobre la resistencia de materiales en ingeniería, sino una especie de libro de cocina, lleno de recetas, cuyos condimentos debemos mezclar a nuestro gusto (Fergusson, 1961). Por supuesto, cuando el trabajo filológico resulta bueno de verdad, pongamos el caso de la espléndida edición del *Quijote* de Martín de Riquer (Cervantes, 1944), cuyas llamadas a pie de página llevan al lector de la mano, y como en un buen ballet, el cuerpo de notas no se choca con la música del texto, permanece vigente por décadas. Y no supone, como tantos trabajos, una exhibición de músculo filológico.

La interpretación ha quedado en numerosas ocasiones amordazada por el carcelero de la filología, y custodiada por su hermano de sangre, el fanático del historicismo, volcado en usar el pasado como una cantera donde los hechos se pueden arrancar en bloques cuadrados que encajen unos con otros. De hecho, la filología textual, que nació con el propósito de limpiar y enmendar el texto de la *Biblia*, para que el mensaje de dios llegase sin interferencias ni errores, siguió ese mismo propósito con los textos de la literatura clásica. Ahora bien, lo importante de la *Biblia* no son los hechos en ella consignados, sino los valores

humanos que transmite. Las falacias del historicismo fueron demolidas hace años por Hayden White (1975). Interpretar exige conocimientos diversos, meterse en jardines ajenos, apostar por perdedores y por ganadores. La única manera de seguir adelante. La filosofía, la literatura comparada, la teoría literaria, desde los estudios culturales al feminismo, han sido disciplinas cruciales para muchos estudiantes de Letras a la hora de apuntalar nuestra curiosidad intelectual, reconduciendo la lectura factual, historicista, filológica, hacia una crítica. La primera se asemeja a una tarea notarial, certifica que los autores dicen lo que dicen, mientras la teoría se pregunta por qué lo dice, cómo lo hace, con qué propósito. Revisa las costuras de lo dicho para encontrar significados que escapan a una mirada demasiado simple. La filología tiende a distinguir entre los libros que se deben leer y los que no, y sus razones suelen ser cercanas al clasicismo cultural. Hablar de ciertos autores queda mucho mejor que hablar de otros, aunque lleve a la absoluta redundancia y repetición. ¿Cuántas biografías o ediciones de Lope de Vega, de Cervantes, podemos soportar? Cuantas los autores sean capaces de publicar con los dineros públicos. ¿Cómo elegimos las novelas que leeremos de las muchas que se publican? Cada lector y cada crítico tienen su propia hoja de ruta, y siguen una trayectoria distinta, aunque la mayoría divaga por la geografía de la ficción actual guiada por el navegador ofrecido por la publicidad de las editoriales.

A los filólogos y a las instituciones culturales con lemas inmortales les salió un nuevo aliado, las Humanidades Digitales, o el modo de llenar los espacios adjuntos a las bibliotecas de ordenadores y un variado tipo de artefactos digitales. Acudieron a la tecnología en busca de ayuda para resolver los dilemas del hombre, pero, como veremos, resulta una manera de introducir el modelo de los negocios en el mundo literario, uno de los pocos campos, fuera del mercantilismo predominante en el mundo editorial (Gullón, 2004), que frustra en ocasiones el propósito inicial, el conocimiento y estudio de la realidad humana. En fin, la teoría literaria hoy se ve obligada a expandir sus alas de nuevo, y ver cómo puede la era digital ayudarnos a reflexionar mejor, a aplicar la teoría al entendimiento de los asuntos humanos en la literatura. Las dificultades son grandes, porque las formas de comunicación fomentadas por las redes sociales, como el tuit, resultan efectivas y más cómodas que debatir aportando argumentos bien desarrollados.

La labor social que nos compete es una extensión de la que ejercemos como ciudadanos responsables. Ante un mundo sometido a una progresiva deshumanización, como adelantó José Ortega y Gasset (1925), donde cada día se cercena un punto de contacto humano más, como es el sacar dinero en un cajero o comprar un billete de transporte por

internet, o la pobreza social que trae a los barrios urbanos *Airbnb*, sustituyendo los vecinos fijos por turistas. Tenemos que cambiar esta derrota, pues esa deshumanización acabará por aislarnos. La literatura puede ayudar a construir puentes, gracias a dos de sus funciones. La social, que crea una comunidad de lectores, y la intelectual, la ocupada en humanizar las oscuras galerías del alma, prestando las palabras de Antonio Machado. Quienes se pregunten por qué en la literatura, porque el arte de la palabra preserva esos momentos poéticos o simplemente narrativos o enunciados cuando el hombre se expresa con toda la fuerza de su espíritu y lo hace con la palabra, una que sabe pegarse a la realidad, sea palpable o impalpable, para captar mediante la palabra bella, cargada de sentimiento, una muestra de vida. Una vida que llega al verbo latiendo todavía, y que el lector pueda sentir sus pulsaciones. Otro aspecto de la cuestión es qué va a ocurrir con esa ingente masa de literatura existente, cómo la podemos preservar, cuál vale preservar. Según dice Kenneth Goldsmith, “our problem is not needing to write more of it; instead, we must learn to negotiate the vast quantity that exists.” (Goldsmith, 2011). Por ejemplo, de la ingente obra de Benito Pérez Galdós. La vamos a dejar que se pierda oculta por miles y miles de artículos, de millones y millones de palabras críticas que la sepultan, o la podemos rescatar para futuros lectores.

Recordemos que la literatura resulta la única de las artes que no ha aceptado la era digital. La música, las artes relacionadas con la imagen, se han transformado, conocen hoy una existencia diferente, gracias a *Spotify*, *Netflix*, los diyeis, las cámaras digitales, los teléfonos móviles. Los estudiosos de la literatura seguimos aplaudiendo a rabiar cuando se abre una nueva librería, aparece un libro de memorias, es decir, seguimos mirando al pasado. O mejor dicho, el arte literario sigue anclado en las maneras del ayer. El citado Goldsmith advierte que a comienzos de siglo Marcel Duchamp y Erik Satie expresaron el deseo de vivir sin memoria. Expresar el presente. En cierta manera, ponían al día lo que Virginia Woolf (1925) y otros harán por esos años, sustituir la literatura hecha con recuerdos por una que contaba las experiencias del presente, que el lector podía vivir en la propia lectura. En resumen, que el mundo digital permitirá dos cosas, una, leer los libros del pasado con la óptica del presente y, quizás, conseguir que la literatura empiece a conjugar, mezclar, mestizar, la realidad con maneras, formas y modos de expresión innovadores. Baste una muestra. Hasta hace poco excluimos a quienes se sienten incómodos en esos géneros, los que quieren cambiar de sexo, como los transgéneros. O tenemos que romper los esquemas fijos del mundo burgués, porque la suerte de haber nacido dentro de las fronteras europeas parece una pobre excusa

para cerrar sus puertas a quienes quieren cruzarlas, pues la muerte les muerde los talones en su país.

Dejo para otra ocasión explorar las formas que la literatura en forma digital adoptará en el futuro, tema que ya empieza a ser explorado con acierto (Borràs, Lindín, 2015; Tortosa, 2015). Mi propósito de momento es ver cómo lo digital nos puede ayudar a leer un clásico moderno, concretamente Benito Pérez Galdós. O aún dicho con mayor precisión cómo preservar la memoria de su obra, precisamente cuando lo digital aboca a la lectura rápida, al salto de un tema al siguiente rápidamente. Todavía recuerdo la impresión que me causó Octavio Paz cuando al conversar sobre mi devoción a Galdós me recitó de memoria varios trozos de su obra, como el principio del episodio nacional *Trafalgar*. Un verdadero choque, pues hoy olvidamos cuanto leemos. Apenas recordamos lo que ya leímos hace un momento, porque lo podemos recuperar enseguida, releyendo el libro o buscando en Google.

2. NUEVO SENTIDO DEL HUMANISMO

El ser humano encuentra a diario retos diferentes, el mayor sigue siendo el filosófico, cómo conocerse a sí mismo, entender su realidad, y cómo conjugarla con la realidad orgánica, pues las ciencias muestran que la base biológica del hombre condiciona su modo de existir. Además, esa mezcla de razón, sentimientos y creencias, que conforma nuestra naturaleza, se manifiesta según el momento, revelando lo que en el siglo XIX llamaban el carácter. Unas veces aparece el hombre apasionado, otras el razonable (Kahneman); y si a ellos sumamos la influencia del entorno, del medio social, entendemos perfectamente que vivimos sujetos a una mutación permanente. A lo largo de la historia inventamos una serie de religiones, doctrinas filosóficas, científicas, históricas, sociales, culturales, humanísticas, que ayudaron a imaginar modelos de ser humano que se ajustaban a los desafíos del mundo y aptos para la convivencia. Durante siglos las religiones ayudaron al hombre a defenderse de un entorno hostil, donde la sobrevivencia era difícil, ideando unos seres superiores, dioses, mitos religiosos, a quienes les pedíamos protección, ayuda. Eran formas emocionales de consuelo. El alma, un hueco, un potente doblez verbal, ofrecía entonces el refugio donde guardábamos la intimidad personal, que sólo el ser superior podía conocer. En la edad moderna, según iban avanzando las ciencias, la filosofía, las humanidades, reconocimos el poder de la razón, del cálculo, y por ello el hombre fue desalojando a los dioses de su centro para colocarse él en ese eje del universo. El alma se convirtió en el espíritu, una nueva forma de definir ese espacio interior, cuando la sensibilidad

individual sustituyó a la creencia en seres superiores. La revolución industrial, la era del vapor, simplificó bastante la vida cotidiana, e innovadores modos de transporte, el tren en especial, permitieron mediante los viajes que aumentásemos el radio de acción, y pudimos conocer mundos alejados. Las grandes ferias internacionales acercaron a las gentes, sus culturas y costumbres. Así, el espíritu conoció una extensión que denominamos la personalidad individual, el ser distinto de otros. Sigmund Freud se convertiría en el icono intelectual al imaginar formas de conducta psicológicamente verosímiles. Los hombres se reconocieron enseguida en ellas. Las guerras mundiales, la primera y la segunda, vinieron a romper la ilusión del progreso humano. La electricidad permitió mejorar las comunicaciones, no conocernos mejor. Y la presente era digital manifiesta un giro en la diversidad evolutiva. La personalidad individual ofrece múltiples caras, la que ofrecemos al mundo, la privada, que defendemos a toda costa, las caras falsas, los *trolls*, con que ofrecemos al mundo una cara disfrazada de nuestros roles, configurados por pasiones que ocultamos a los demás.

El desafío resulta, por lo tanto, mayor. La era digital nos enfrenta a un mundo que somos incapaces de someter, que incluso parece estar a punto de dominar a los humanos mediante la robotización. Cada día advertimos que perdemos un poco más de privacidad. Hace poco recibí una carta del ayuntamiento de la ciudad en los Países Bajos donde resido parte del año anunciándome que la información personal de los ciudadanos había sido comprometida, porque un empleado la llevaba en un lápiz digital, y se lo robaron, por ende los datos privados podían ser usados para usurpar nuestra identidad. Cuando leo un periódico digital me aparecen ofertas de viajes, de hoteles, que acabo de buscar en Google. Es decir, las máquinas saben a veces más de nosotros que uno mismo. La acumulación y uso de datos para fines diversos ha dado lugar a eso que denominamos el dataísmo, el conocimiento de un fenómeno por medio de la estadística. Y el éxito de conocer mediante una suma de datos ha llevado a que entendamos que el trabajar con ellos, colectivamente, es superior a la de la persona que investiga sola o con un grupo reducido de personas, armada de fuertes saberes, como los humanistas, hombres del Renacimiento, que saben mucho, pero parecen resultar ineficientes e incluso innecesarios en esta edad de las redes sociales y del internet.

Los humanistas se han enfrentado a las novedades del amanecer de la era digital con un cierto temor a meter la pata, a equivocarse, a no entender de qué va la cosa, y demasiados han entregado su bolsa, los estudios humanísticos, a cambio de sobrevivir en su puesto de trabajo. La administración política española haciendo una pirueta educacional

propone, como mencioné, sacar los estudios de filosofía de la enseñanza universitaria, para así impedir que los alumnos aprendan a pensar, a mirar a la realidad con una mirada crítica. El hecho de que el proponente sea un partido conservador, indica un descarado intento de someter el espacio crítico a las políticas neoliberales, que ceden el poder intelectual al capital empresarial para que éste lo meta en la incineradora social.

Ha llegado el momento de que los humanistas enfrentemos la era digital de una manera realmente humanista. Lo que está sucediendo más y más es que eso que llaman humanidades digitales resultan trabajos en que la investigación se deja en manos de los expertos en lo digital, es decir, de técnicos que diseñan los algoritmos con los que se va llevar a cabo la investigación, con lo cual podemos decir que el propósito humanístico ha desaparecido (Allington, Brouillette, Golumbia, 2016). He visto docenas de proyectos de investigación donde el único esfuerzo del investigador que lo propone resulta pedir dinero para los que le ayudaran con el componente digital, dejando que la pregunta de investigación que debe guiar el proyecto quede reducida a una simple cuestión de si/no. Por ello, hay que insistir en la necesidad de mantener el elemento humano como central en los estudios de letras, filosóficos, literarios.

Los que entienden que la digitalización y la inteligencia artificial desplazarán al hombre, ignoran que de momento tal situación resulta simplemente imposible. Por supuesto que los ordenadores serán capaces de simular lo que hacen los humanos, pero esto no se debe confundir con duplicar lo que hacen los humanos (Searle, 2003). Y otro aspecto importante, por supuesto que la conciencia tiene una base biológica, orgánica, pero posee un contenido subjetivo. O sea que es biológico, físico, y mental (Searle, 2012).

3. LA EXTENSIÓN SENSIBLE DE LA REALIDAD REPRESENTADA EN LA RED

Los textos literarios se leen, tanto por la crítica como en el mundo académico, atendiendo esencialmente a unas formas tradicionales. Se les distingue de acuerdo a la época en que fueron redactados, a los momentos históricos; por ejemplo, los de la segunda mitad del XIX son realistas; a los de comienzos del XX, los denominamos modernistas. A unos lectores les gusta menos la lectura de una novela realista, donde el narrador habla con una voz investida de autoridad que presentaba el mundo de acuerdo con los valores de la sociedad burguesa, y prefieren, como explicó Virginia Woolf (2009), el texto modernista donde el narrador cedía su lugar a la conciencia de una persona, del ciudadano, del personaje. Puede ocurrir que las preferencias sean las opuestas.

Los cientos de ensayos conservados de Virginia Woolf (2009, 2016) son, en principio, el fruto de las reuniones semanales mantenidas en su casa de Bloomsbury con intelectuales londinenses, Lytton Strachey, E. M. Forster, y varios artistas más. Las conversaciones versaban sobre libros, textos clásicos o los de rabiosa actualidad, dirigidas a comentar la lectura de los mismos y la relación que las novelas o volúmenes de cuentos tratados, que luego reseñaban, mantenían con, por ejemplo, las formas innovadoras de narrar o de organizar el argumento. Admiramos a este grupo por esa fuerza intelectual de expresar lo experimentado en la lectura, que nos recuerdan lo leído en las cartas de *Clarín*, de Galdós, por ejemplo.

Lo esencial en el presente es que concibamos el texto literario como un lugar de encuentro, donde se conjuguen las más diversas maneras, donde quepan el lector culto y el lector común. Incluso que sepamos estar a la altura de lo que ofrece el entorno digital, extender el texto a los olores, a los colores, los sonidos, a los animales, al entorno sensible del mundo. Tenemos que dejar de ser verbívoros y hacernos capaces de concebir el texto en una mayor extensión, evolucionado. Esa extensión la permite el texto digital, pues podemos apreciar en un momento de qué flor se habla, de qué calle, situada en qué ciudad, el color de las casas, según la hora del día, de la luz que las ilumina (ver las diferentes fachadas de la catedral de Rouen, pintadas por Claude Monet, 1894), saber cómo es la mirada de un perro, de su inteligencia, de su manera de expresar su cariño hacia el dueño cuando mueve la cola.

B. LA HORA DEL LECTOR DIGITAL

Los partidarios de las humanidades digitales, aquellos que, como señalé antes, ponen el acento en lo digital y no en lo humanístico de las artes, cometen un error que aparece duplicado en ciertos defensores de la llamada lectura digital, los que quieren que la lectura digital se desentienda de la experiencia que produce la lectura en papel. Nosotros, sin embargo, pensamos que el lector digital es aquel que puede conjugar bien su comportamiento como lector valiéndose de unas herramientas digitales. De lo contrario, la literatura nacida antes de la era digital quedaría excluida.

Recurro al título de Josep María Castellet, *La hora del lector* (2001), para indicar como hizo él, siguiendo a los filósofos fenomenológicos (Edmund Husserl y Roman Ingarden), que el lector despierta la potencialidad expresiva guardada por el texto al tiempo que provee un contexto socio-cultural propio.

1. EL LECTOR COMO CONFABULADOR

La crítica literaria funciona en España como un órgano sancionador de aquello que se considera verdadera literatura, generando a su vez una enorme inercia intelectual, pues apenas incita a un puñado de lectores a la lectura abierta. La literatura, por ello, parece un arte que pedalea, pero que no se mueve, salvo en casos contados. La crítica sanciona, premia, y alaba a algunos autores, sin incitar a leer con los sentidos despiertos, buscando, y perdonen la expresión, las cosquillas a los libros.

La obsesión con las bibliotecas clásicas y la insistencia en situar al libro de papel en el podio cultural donde campaba a sus anchas hace cincuenta años resultan actitudes condenadas al fracaso. Leer no supone tomar un libro en las manos y pasar la vista sobre sus hojas, disfrutando de la textura del papel impreso y de los olores de la tinta, de reconocer el nombre del autor, de la editorial, sino penetrar su sentido, seguir las argumentaciones allí expuestas, las descripciones de personas, de paisajes personales, urbanos. Por supuesto, la interpretación de un libro pide un acto crítico complejo, el filológico, el que además incluya la producción, reproducción y recepción del texto (McGann, 1992: 122-123), y su interpretación. Recordemos unas palabras de Rogier Chartier apropiadas para abordar la cuestión que nos concierne:

Las obras —aun y sobre todo las más grandes—no tienen sentido estable, fijo universal. Están cargadas de significaciones diferentes y cambiantes que se construyen en el marco del encuentro entre una propuesta y una recepción. Los sentidos atribuidos a sus formas y a sus motivos dependen de las competencias o de las expectativas de los diferentes públicos que se adueñan de ellas. Por cierto, los creadores, los poderes, o los “sabios”, aspiran siempre a fijar el sentido y a enunciar la interpretación correcta que deberá forzar la lectura (o la mirada). Sin embargo, la recepción siempre inventa, desplaza, distorsiona. (Chartier, 1994: 21)

Y eso sucede con la lectura de un libro en formato digital. Dejo de lado las preferencias personales, las mías incluidas. La lectura digital permite, en realidad, una relación con el texto mucho más compleja de la que experimentamos con la lectura en papel. Permite relacionar infinidad de elementos. Respecto a las bibliotecas conviene recordar que son espacios mandados a reformar, como ha hecho, entre muchas, la ciudad de Ámsterdam, donde el contenido digital iguala al de papel. Sus contenidos deben ser accesibles a través de internet para que alcancen una mayor difusión. Tampoco quedan ya justificados esos viajes que los investigadores hacíamos desde diversos confines de la tierra para obtener información.

El lector como confabulador se refiere a cómo nuestra mente ayudada por los recursos digitales a su disposición se convierte en un recinto privado donde podemos ir organizando las narrativas posibles. Mezclando lo que percibimos de la realidad palpable y de la virtual. Las cosas encuentran una forma curiosa de complementarse. Y pongo un ejemplo harto sencillo. Tengo una pareja de cuñados holandeses que trabajan como investigadores en la clínica de Mayo, de Rochester, Minnesota. Yo siempre me preguntaba de dónde vendrá ese Mayo, y siempre lo asociaba mecánicamente con dos palabras, Mayo, el mes, y el significado en inglés de mayonesa. Hace poco leyendo un periódico digital inglés me enteré de que se trata de una ciudad en Irlanda, a través de una noticia de deportes. Así me expliqué el nombre y entendí, de paso, el carácter conservador de la institución, en su origen irlandés. Esto me hace pensar que estamos en la infancia de la lectura digital, y que es precisamente en esa edad del hombre cuando aprendemos deprisa.

Paso acto seguido a comentar dos formas concretas de enriquecer la lectura, que fomentan asociaciones impensadas. La primera (1) es de sobra conocida, y se basa en las diferencias entre la lectura lineal versus el hipertexto. Estamos acostumbrados los no nativos digitales a lectura de textos impresos, es decir, que leemos las palabras una tras otra, del comienzo al final. El hipertexto, el texto en su versión digital, permite que al leer podamos acceder a la información recibida de forma no secuencial (Abuín, Vilariño, 2006). Ciertas palabras nos remiten por medio de vínculos a imágenes, sonidos, temas afines, complementarios, que permiten ampliar los conocimientos por caminos paralelos. En la actualidad, con la cantidad de conocimientos de especialistas resulta frecuente encontrar mediante esos vínculos o *links* artículos, ilustraciones que amplían lo consultado, y que abren derroteros mentales inesperados. Resulta, pues, que el final del texto, que en la versión impresa parece esencial, en la digital, no lo es. A veces, los vínculos refieren a otros enlaces, a diferentes temas, y en vez de funcionar, como dije, en una forma lineal, lo hacemos en una que produce un cierre momentáneo, hasta que investigaciones subsiguientes apuntan a derroteros hasta ese momento desconocidos. Así, Virgilio Tortosa ha escrito: “El hipertexto ha cambiado el paisaje cultural de nuestro tiempo al arraigar en toda forma comunicativa, incluida la literaria. Apenas estamos en los inicios de este nuevo estadio cultural y sólo podemos intuir un paisaje inmenso” (Tortosa, 2015: 28).

La realidad textual varía así su piel, y debemos pensarla como los iconos de las carpetas que encontramos en la pantalla del ordenador, donde archivamos diversos textos. Por ejemplo, los artículos que hemos publicado en el último año, y le damos al icono y

aparecen los textos, y le volvemos a pulsar y se abren estos a su vez, y luego si damos a un enlace encontramos información sobre un aspecto del tema que tratamos, y esto lleva a textos de especialistas que investigaron ese aspecto del asunto. Bueno, pues como defiende Donald Hoffman en su charla Ted (Hoffman, 2015), la realidad funciona un poco así. Los objetos de la realidad son como los iconos en una pantalla de ordenador, donde tocamos cuando nos interesan las carpetas que necesitamos abrir.

Otro segundo aspecto (2) que ayuda a apreciar la lectura de la página de un libro es fijarnos menos en los sistemas de valores del narrador, del autor que guía nuestra lectura, y situarnos ante el texto con un punto de vista multisensorial (Kerckhove, Miranda de Almeida, eds., 2014). Igual que en el siglo XIX el drama se cruzó con la novela, permitiendo a ésta añadir a su repertorio la dramatización. Durante el siglo XX, la paleta del pintor se unió a la palabra para enriquecer el texto literario (Cela, 1957). Ramón María del Valle-Inclán y Juan Ramón Jiménez pintaron de colores la realidad representada en sus páginas. Rubén Darío fue quien más hizo por incluir los sonidos junto a los colores, dando lugar a un uso genial de la sinestesia (Gullón, 2003). Esta manera debe hoy ser considerada como una forma de ampliar el espectro narrativo del texto, su multisensorialidad, y que puede ser invocada, a través de búsquedas en Google a la hora de leer el texto.

Recordemos el efecto multisensorial leyendo un texto de Juan Ramón Jiménez:

Qué triste era aquel poquito de sol que quedaba en el cementerio cuando te encontraron muerta. Una rosa se encendía en él, los pájaros buscaban su tibieza, y a medida que él subía por las ramas de las acacias, subían ellos. Hasta que, al fin, sólo fue una cima de oro lírico y melodioso. Ya tu caja blanca se azuleaba en la sombra húmeda, ya el camino sin tu retorno--¡con el mío, tan triste! —daba frío. Y los niños que corrían detrás de tu caja blanca, auroras en la tarde triste, te miraban asombradamente en la puerta de tu nueva casa... (Jiménez, 2005: 243)

Los colores piden ser iluminados en la mente lectora, si no lo hacemos el texto sería una mera orfebrería verbal (Butler, 1994). Esto es lo que se dijo mil y una veces de la prosa modernista, que silenció un aspecto de la modernidad que venía de lo visual, de los sonidos. Quizás por eso el paso del texto en papel al digital parece tan difícil, porque falta ese escalón intermedio del modernismo, que buscaba representar en el texto lo sensible. Demasiados estudiosos han preferido las denominaciones de Edad de Plata, provenientes de la historia, a la más apta, Edad de la Literatura, que pone el acento en la creatividad literaria y no en las platas y oros de las épocas históricas.

2. EL ESCAPE DE LA PRISIÓN DEL PRESENTE: LOS TEXTOS CLÁSICOS

Hace unos pocos años, Leon Wieseltier, editor literario de *New Republic*, escribió un texto, “Voluminous”, sobre la mudanza de su biblioteca de la oficina a su estudio. Enalzaba la belleza de algunos volúmenes, y no le importaba que ocuparan sitio, pero una frase que he vuelto a buscar se quedó conmigo. [Los libros dice, y traduzco] “Me liberan de la prisión de la contemporaneidad: uno no debe vivir sólo en su propio tiempo.” Y la razón es muy simple, testimonian mi interés en los recuerdos y testimonios del pasado, nuestra memoria, de los modos de existir en que se ha manifestado el ser humano en el ayer.

Cuando hablamos de preservar los textos escritos en el pasado afirmamos un deseo y una necesidad social, la de mantener el pasado vivo para las siguientes generaciones. Vivimos en un momento histórico en que las fuerzas que quieren borrar el pasado, los atentados contra el legado cultural hechos por IS, o la negación de los hechos, sea el genocidio armenio o el judío. Mucho más cerca de nosotros, sucede que los estudiantes y una buena proporción de la ciudadanía cree que conocer lo viejo resulta inútil. Pierre Bourdieu ha escrito sobre ello (Bourdieu, 1998). Mi punto de vista es un poco distinto, prefiero verlo como un síntoma claro de la pérdida de memoria (Foer, 2011). Los políticos españoles insisten una y otra vez, que el pasado fue diseñado por una casta, que debe ser olvidado, y esto tiene consecuencias funestas para nuestra cultura, pues parece que no queremos preservar nada. Cambiamos los nombres de las calles, borrando nombres que no merecían ser borrados, los autores literarios pasan a alistarse en las filas de los que les quieren o de quienes les desdeñan, caso concreto de Camilo José Cela, o en ocasiones de Benito Pérez Galdós. ¿Cómo debemos, pongo por caso, conservar la obra de Galdós en la era digital?

Voy a hacer unas sugerencias sencillas relacionadas con dos temas relacionados con su literatura, el realismo, y con la preservación hecha por la memoria.

El siglo XIX y los libros. Hay que tener en cuenta un factor esencial que separa el mundo del libro del XIX y del XX. En el XIX los autores se jugaban bastante, multas y penas de prisión, recordemos el famoso proceso seguido contra Gustave Flaubert. En el caso de Galdós, llegó a ser por un tiempo el autor, el editor de sus libros, o sea que trabajaba en un entorno de total libertad, y era el responsable de la relación directa con el lector. Actualmente, el mundo del libro es un negocio, del que se sacan buenos rendimientos, al menos los editores y un selecto grupo de escritores, los autores de libros superventas. El libro se ha convertido en un híbrido, donde las intenciones del autor y las del editor se cruzan o, a veces, chocan,

del que sale un híbrido, el libro comercializado en las grandes superficies como los perfumes. Cada vez usamos menos la memoria, y del libro mismo diremos que en el futuro más inmediato solo quedarán los de Google o Amazon.

3. MEMORIA PARA DESMEMORIADOS: HACER DE LA LECTURA UNA EXPERIENCIA

La literatura desde la época de James Joyce y Virginia Woolf, como dije anteriormente, pretendía enunciar las experiencias del presente. Los intérpretes de aquella literatura y de las posteriores vanguardias suelen achacar el valor de sus creaciones a lo que cabe denominar como el purismo de la forma modernista (Hutcheon, 1988: 34). Dejan de lado el deseo de esos autores de ser conocidos por sus aportaciones intelectuales, y no simplemente como artistas que abruman al lector con un jeroglífico formal. He tratado este tema en referencia a *Poeta en Nueva York* de Federico García Lorca, defendiendo que los poemas de Lorca se pueden entender, frente a quienes hacen ante ellos una danza interpretativa que nos deja in albis de sus intenciones (Cabo, Gullón, eds., 1998). La fragmentación del texto no debe distraer de la busca del sentido textual. Debemos explorar la extensión de las percepciones allí cobijadas, “buscar una lógica textual más allá de la lineal y analógica propia de sus respectivas sociedades (impresión o manuscrito). Es la vieja utopía materializada del texto expandido” (Tortosa, 2015: 26).

Resulta esencial que entendamos la lectura como una práctica multisensorial, pues así acortamos el camino hacia una experiencia de nuestro tiempo, la digital. Disfrutaremos de los aspectos del texto multisensoriales, que han permanecido hasta ahora sometidos a la primacía de lo meramente verbal. Un modo interpretativo que obstaculiza el despertar de los sentidos al leer, el de la vista, el sonido. Y disfrutaremos de la literatura producida en la era digital. Quizás, el citado artículo de Tortosa sea una excelente introducción a este segundo aspecto, pues allí se enumeran numerosos artistas y proyectos digitales.

Incluso, desde el modernismo, según indiqué antes, la prosa exige que convoquemos una sensibilidad plural al leer un texto literario. Tomo un ejemplo del presente, de la novela de Carlos Soto Femenía, *El carbonero*:

Desperté el primero antes de que saliera el sol, con tiempo suficiente para verlo aparecer sobre los cuerpos de mis acompañantes. Mi padre dormía ovillado hacia un lado y Aina bocarriba, a pierna suelta, despatarrada.
Me estremecí viendo aquellos dos cuerpos, manchados ya por la luz, sobre el fondo negro de la sierra. El valle se perdía hacia el noroeste y aún tenía la noche

clavada en el hígado. La oscuridad también cubría el encinar, a mi espalda, y una parte del camino hacia Caimari. Llegaban de allí un aire frío y voces de pájaros. (Soto Femenía, 2016: 34)

Las formas de los cuerpos, manchados por la luz, el aire frío, el canto de los pájaros, evocan en el lector un momento único del amanecer, bello porque exige del lector que se despierte con los personajes, usando su imaginación, las sensaciones plurales de un despertar en el campo.

Y por último, apunto brevemente tres maneras que ayudarán al lector digital a conseguir de la lectura una experiencia, es decir, a romper el lazo con lo establecido por la normas que pretenden separar la obra literaria del autor y del medio en que se desarrolla. O dicho en otras palabras, volver a situar la obra en las circunstancias en que nació, y así se conservará mejor en la memoria del lector.

a) RELACIONAR AL AUTOR CON EL TEMA: GALDÓS Y SUS MUJERES

Uno de los mayores hiatos que se producen en la lectura literaria resulta la insistencia de ciertos literatos y críticos de que el autor no debe ser tenido en cuenta. Su lugar lo debe ocupar el artista. Esta ausencia del autor, la obstinación de algunos artistas en negar que el autor tenga que ver con su creación, borra el texto de la memoria del lector, pues le falta uno de los pasamanos esenciales para poder descender a las entrañas de la obra. Pienso que si leo una obra de Benito Pérez Galdós, y puedo relacionar aspectos de su biografía con la novela será mucho más fácil que se me fije, al hacer de la lectura una experiencia. El texto no es un ente independiente, etéreo; al contrario, hablamos de una obra hecha de carne y hueso artístico. La realidad allí representada guarda huellas de lo palpable, que llegan a través de la palabra, del estilo, del estilo del autor, del ser humano que la redactó.

Tomemos, por ejemplo, *Doña Perfecta* (1876). La protagonista que da título a la novela, una mujer intransigente, dura, católica a marcha martillo, parece haberse inspirado en doña María Galdós, la madre de Benito. Y es más que probable que mucho de ella aparezca representado en el personaje literario, Perfecta Polentinos. Naturalmente, esto puede llevar al lector, mediante vínculos a la educación en la época burguesa, el puesto de la mujer en la sociedad decimonónica, la religión y su influencia en la familia, el arte en el XIX, y paso a paso, la lectura que se abre ante nuestros ojos no tendría nada que ver con los ismos, como realismo, decimonónico, sino que emprendemos una aventura llena de experiencias.

b) BOSQUEJAR POSIBLES CONTEXTOS

Lo mismo ocurre si leemos el texto teniendo en cuenta sus posibilidades contextuales. Por ejemplo, si el lugar donde discurre la acción lo abrimos a su potencialidad espacial. Algunos lectores de Galdós, como Luis Buñuel, así lo hicieron. El afamado director, al llevar la novela *Tristana* (1892), a la gran pantalla sustituyó Madrid, el lugar donde ocurre la acción en la novela, por Toledo (Aguirre, 2006). Lo hizo porque le convenía crear un espacio diferente, y escogió Toledo, porque le permitió asociar mejor al lugar el donjuanismo del protagonista y la religiosidad que envolverá a los personajes en su triste final. Quizás el cambio de ciudades se lo sugirieron a Buñuel sus lecturas de otras novelas de Galdós, como *Ángel Guerra* (1890-1891), situada en la ciudad manchega. En cualquier caso, le permitía usar como escenario una ciudad de calles estrechas, que conserva aires medievales, un terreno donde los vuelos de la imaginación de la protagonista, tan cervantinos, se pudieran desarrollar en un espacio más apropiado. Lo mismo se aplicaría al carácter donjuanesco de don Lope, el protagonista masculino, cuyas farruconadas y el eco lejano de aceros cruzándose resuenan mejor en las laberínticas callejuelas toledanas. El lector, de acuerdo con su formación, experiencias y conocimientos, podrá hacer lo mismo en sus lecturas literarias.

c) ALCANCE DE LOS TÉRMINOS. LA BELLEZA SUJETA AL TIEMPO

Incluso los términos clásicos con que denominamos los ismos literarios pueden ser utilizados para sujetar la belleza de los libros al tiempo. Los términos clásicos mediante los que ordenamos la manera en que los textos se ubican frente al mundo resultarán importantes y dignos de recordar si, por ejemplo, distinguimos el Realismo, denominación de una corriente artística del XIX, versus realismo, la tendencia a copiar lo palpable que siempre ha existido. Este último no lo podemos circunscribir a una época concreta (Safranski, 2009: 14), se ha usado desde las cuevas de Altamira a Rafael Chirbes. Luego, debemos establecer otras maneras de manifestarse el ismo, como el realismo psicológico (Paul Bourget, Juan Valera) o el realismo auténtico o inauténtico. Auténtico el de un autor que quiere contar una historia desde su propia experiencia versus el que la cuenta de acuerdo con las exigencias de la literatura que se lleva en ese momento. Hay demasiados libros que no dicen casi nada o nada. Y esto se puede llevar al comentario de textos, a la lectura crítica. Por ejemplo, y para no alejarnos de *Tristana*. El mencionado protagonista don Lope vive en el barrio de Chamberí, donde precisamente Galdós tuvo a una de sus últimas amantes, Teodosia Gandarias (calle Juan de Austria). Cito el comienzo de la obra:

En el populoso barrio de Chamberí, más cerca del Depósito de Aguas que de Cuatro Caminos, vivía, no ha muchos años, un hidalgo de buena estampa y nombre peregrino; no aposentado en casa solariega, pues allí no las hubo nunca, sino un plebeyo cuarto de alquiler de los baratitos, con ruidoso vecindario de taberna, merendero, cabrería y estrecho patio interior de habitaciones numeradas. (Pérez Galdós, 2006: 79).

Claramente aquí encontramos el Realismo y el realismo. Es un texto del siglo XIX y además describe lugares que aún hoy uno puede reconocer, como el Depósito de Aguas o la plaza de Cuatro Caminos. Asimismo, el comienzo nos lleva al *Quijote* de Cervantes, por la descripción del hidalgo don Lope. Hay un intento de parodia. Lo que, a su vez, apunta al realismo auténtico, auténtico psicológicamente, etcétera.

Quiero con esto indicar que una manera de fijar las experiencias del lector, que en la era digital, en la lectura digital, parecen ser demasiado evanescentes, se pueden reconducir, haciendo que coincida la manera en que leemos los textos, a modo de experiencia, que ya en sí contiene la belleza de lo verdadero, a otras maneras en que la cultura del libro de papel ha preservado, la de insistir que del verbo, de la palabra, de la belleza con que el autor sepa expresarse, que de ahí se deriva lo auténticamente estético.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre Carballeira, Arantxa (2006): *Buñuel, lector de Galdós*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria.
- Allington, David, Sarah Brouillette y David Golumbia (2016): «Neoliberal Tools (and Archives): A Political History of Digital Humanities», *Los Angeles Review of Books* 01-05-2016,
<https://lareviewofbooks.org/article/neoliberal-tools-archives-political-history-digital-humanities> (fecha del último acceso: 9 de octubre de 2016).
- Borràs, Laura y Carlos Lindín (2015): *Hermeneia. Electronic Literature Directory*, <http://directory.eliterature.org/e-lit-resource/252> (fecha del último acceso: 8 de septiembre de 2016).
- Bourdieu, Pierre (1998): *La distinción Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus [1979].
- Butler, Christopher (1994): *Early Modernism, Literature, Music and Painting in Europe 1900-1916*, New York, Oxford University Press.
- Castellet, Josep Maria (2001): *La hora del lector*, edición de Laureano Bonet, Barcelona, Península.
- Cela, Camilo José (1957): *La obra literaria del pintor Solana*, <http://www.rae.es/academicos/camilo-jose-cela> (fecha del último acceso: 8 de septiembre de 2016).
- Cervantes, Miguel de (1944): *Don Quijote de la Mancha*, ed. de Martín de Riquer, Barcelona, Editorial Juventud. Ha tenido múltiples reediciones.
- Chartier, Rogier (1994): *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*, Barcelona, Gedisa [1992].
- Fergusson, Francis (1961): «Introduction», en *Aristotle's Poetics*, New York, Hill and Wang.
- Foer, Joshua (2011): *Het geheugenpaleis*, Amsterdam, De Bezige Bij.
- Goldsmith, Kenneth (2011): «It's Not Plagiarism. In the Digital Age, It's 'Repurposing'», *The Chronicle of Higher Education*, September 11, 2011,
<http://www.chronicle.com/article/Uncreative-Writing/128908> (fecha del último acceso: 9 de octubre de 2016).
- Gullón, Germán (1998): «Una lectura cultural de la poesía española de vanguardia», en Fernando Cabo Aseguinolaza y Germán Gullón (eds.): *Teoría del poema: La enunciación lírica*, Amsterdam, Rodopi: 205-216.

- Gullón, Germán (2003): *El jardín interior de la burguesía. La novela moderna en España (1885-1902)*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Gullón, Germán (2004): *Los mercaderes en el templo de la literatura*, Madrid, Caballo de Troya.
- Gullón, Germán (2010): *El sexto sentido. La lectura en la era digital*, Vigo, Academia del Hispanismo.
- Habermas, Jürgen (1989): *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus [1985].
- Hoffman, Donald (2015): Charla TED. «¿Vemos la realidad tal como es?», https://www.ted.com/talks/donald_hoffman_do_we_see_reality_as_it_is?language=es (fecha del último acceso: 3 de septiembre de 2016).
- Hutcheon, Linda (1988): *A Poetics of Postmodernism. History. Theory. Fiction*, New York - London, Routledge.
- Jiménez, Juan Ramón (2005): *Edad de oro*, introducción, edición y notas de Germán Gullón y Heillette van Ree, en Juan Ramón Jiménez: *Obra poética*, volumen II: *Obra en prosa*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Kahneman, Daniel (2012): *Thinking Fast and Slow*, London, Penguin Books.
- Kerckhove, Derrick de y Cristina Miranda de Almeida (eds.) (2014): *The Point of Being*, Newcastle upon Tyne, Cambridge Scholars Publishing.
- McGann, Jerome J. (1992): *A Critique of Modern Textual Criticism*, Charlottesville - London, University of Virginia Press [1983].
- Ortega y Gasset, José (1991): *La deshumanización del arte y otros ensayos de estética*, Madrid, Alianza [1925].
- Pérez Galdós, Benito (2015): *Doña Perfecta*, Madrid, Espasa-Calpe [1876].
- Pérez Galdós, Benito (2006): *Tristana*, Madrid, Espasa-Calpe [1892].
- Safranski, Rüdiger (2009): *Romanticismo. Una odisea del espíritu alemán*, Barcelona, Tusquets [2007].
- Searle, John (2003): «Minds, Brains and Programs», <http://cogprints.org/7150/1/10.1.1.83.5248> (fecha del último acceso: 4 de septiembre de 2016).
- Searle, John (2012): «Consciousness», <http://faculty.wcas.northwestern.edu/~paller/dialogue/csc1.pdf> (fecha del último acceso: 4 de septiembre de 2016).
- Soto Femenía, Carlos (2016): *El carbonero*, Barcelona, Destino.

- Tortosa, Virgilio (2015): «¿Hacia un canon de la literatura electrónica?», 1616. *Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, 5: 25-44.
- Turello, Dan (2015): «Brain, Mind, and Consciousness: A Conversation with Philosopher John Searle»,
<https://blogs.loc.gov/kluge/2015/03/conversation-with-john-searle> (fecha del último acceso: 4 de septiembre de 2016).
- Vilariño Picos, María Teresa y Anxo Abuín González (2006): *Teoría del Hipertexto. La literatura en la era electrónica*, Madrid, Arco/Libros.
- Voltaire (1971): *Candido [Candide]*, Traducción de Leandro Fernández de Moratín, Madrid, Editorial Libra [1759].
- Woolf, Virginia (2009): *El lector común*. Barcelona, Lumen [1925].
- Woolf, Virginia (2016): *Horas en una biblioteca*, Barcelona, Seix Barral [1916].
- White, Hayden (1975): *Metahistory*, Baltimore, John Hopkins University Press.
- Wieseltier, Leon (2012): «Voluminous», *The New Republic*,
<https://newrepublic.com/article/100979/library-books-paper-texts-voluminous>
(fecha del último acceso: 4 de septiembre de 2016).



SOBRE EL AUTOR

Germán Gullón

Germán Gullón (Santander , 1945), es doctor en Lenguas Románicas por la Universidad de Texas en Austin. Ha sido Catedrático de Literatura Española en las Universidades de Pennsylvania (1973-1988) y California, Davis, (1988-1993), y Ámsterdam 1994-2011). En la actualidad es Catedrático Emérito de Literatura Española en la Universidad de Ámsterdam y Miembro del Consejo Académico y Científico Asesor de la Universidad Isabel I, Burgos (2015-). Ejerce como crítico literario en *El cultural* del diario *El mundo* (2003-2016), y participa como miembro del jurado del premio Nadal (2000-2017). Sus últimos libros de crítica literaria y de ensayos han sido: *Los mercaderes en el templo de la literatura* (2004); *Una Venus mutilada. La crítica literaria en la España actual* (2008); *El sexto sentido. La lectura en la era digital* (2010); *La novela de Galdós. El presente como materia literaria* (2014). Asimismo ha publicado también tres novelas, *Querida hija* (2000), *La codicia de Guillermo de Orange* (2013) y *Moncloa* (2014) y dos libros de cuentos, *Adiós, Helena de Troya* (1995) y *Azulete* (2000).

Contact information: Universidad de Ámsterdam, Oranjelaan 32, 2341 CD Oegstgeest, Países Bajos, +31715651566, germangullon@gmail.com.